

# Y LLEGÓ LA BARBARIE

Nacionalismo y juegos de poder  
en la destrucción de Yugoslavia

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ



Un libro oportuno que nos muestra cómo la barbarie y la locura nacionalista pueden estallar en cualquier momento. El 31 de marzo de 1991, los paramilitares serbios de Krajina trataron infructuosamente de reducir y expulsar a la policía croata de la región, dándose un enfrentamiento cuyas consecuencias, un muerto por bando, iban a alterar para siempre el mapa de la región. Solo tres meses después, Eslovenia se declaraba independiente, iniciándose así el primero de los muchos conflictos que a lo largo de la década siguiente disolvería completamente el antiguo Estado yugoslavo. Situando al lector en antecedentes históricos, pero también políticos, José Ángel Ruiz Jiménez, nos sumerge en una vívida y pormenorizada narración de los hechos que abarca la década completa de conflictos bélicos iniciados con la guerra de los diez días en Eslovenia y finalizando en la muchas veces ignorada guerra de Macedonia.

## Índice de contenido

Cubierta

Y llegó la barbarie

Introducción

Capítulo 1 Nacionalismo y revisionismo histórico, o el arte de sembrar vientos

Orígenes y sentido de la idea de Yugoslavia

El diseño institucional de la República Federal Socialista de Yugoslavia

La descentralización sin democracia, semilla de la revitalización nacionalista

El fomento de fracturas en una sociedad plural: hábil y rentable arma política

Revisionismo histórico y exaltación cultural nacionalista, inofensiva avanzadilla legitimadora de las ambiciones independentistas

¿*Reconciliaciones* nacionales o nacionalistas? ¿hermanamiento o enfrentamiento?

La ambición política devora la identidad yugoslava

Agonía del yugoslavismo y ascenso de Milošević

Paso al frente nacionalista en Croacia y Eslovenia

Capítulo 2 Jugando con fuego en un ajedrez de ambiciones

El desafío definitivo de Croacia: gobierno nacionalista y creación de un ejército secreto

El Ejército Popular Yugoslavo, un *león* enjaulado

Maniobras serbias para la yugoslavia postsocialista

El protervo reparto de BiH en Karađorđevo, Graz y Tiktve

La guerra de *videojuego* en Eslovenia

La guerra de independencia en Croacia y sus riesgos calculados

Capítulo 3 El descenso a la barbarie en Bosnia y Herzegovina

¿Cómo empezar una guerra?

Primeras víctimas y acusaciones mutuas

Una espiral de crueldad y terror engulle a BiH

Capítulo 4 La mano amiga de las potencias extranjeras

¿Tierra sometida o cuna del nacionalismo?

La relación yugoslava con Estados Unidos, desde el privilegio al aislamiento económico

Yugoslavia, el peón de rojas

Yugoslavia, un molesto problema para el nuevo orden mundial

La errática diplomacia internacional de la CE, de Brioni a La Haya

El callejón sin salida de la guerra de BiH

Capítulo 5 Pax Americana

Clinton gira el timón estadounidense

La segunda matanza del mercado de Sarajevo

La operación tormenta, aquelarre serbio en Krajina

Srebrenica, la cicatriz de europa

El camino hacia Dayton

Capítulo 6 Kosovo, el principio y el fin

La tierra del pasado viviente

Las campañas no violentas albanokosovares contra el Estado Serbio

La pirámide albanesa y la becaria californiana  
Kosovo, fuente de oportunidades para EE. UU.  
El UÇK, nuevo amigo de Washington  
Las negociaciones de Rambouillet ¿fracaso o éxito?  
Una guerra humanitaria con armas inteligentes y daños colaterales  
El día después en Kosovo  
Kosovo, el agujero negro del derecho internacional  
La caída de Milošević

## Capítulo 7 ¿Luchamos para esto? Las nuevas Croacia, BiH y Serbia

Croacia, el desengaño del nacionalismo  
BiH, el país a medio terminar  
Serbia, la caída más dura

## Análisis, reflexiones y conclusiones

La atracción fatal del nacionalismo en sociedades plurales  
La invisible línea roja entre la manipulación de la historia y la espiral de barbarie  
Memoria colectiva, violencia y el desafío de la reconciliación  
El negocio de la guerra  
Los medios de comunicación  
La comunidad internacional: intervencionismo solidario y humanitario  
Balcanes, la frontera interior de Europa

## Agradecimientos

## Fuentes y bibliografía

Documentales  
Recomendaciones cinematográficas

Ilustraciones

Notas

*Con respeto y admiración, a todos los que, incluso en medio de la barbarie, no juzgan a los demás por su nacionalidad, ideología o credo, sino que solo ven sus cualidades como seres humanos.*

## Introducción

Cuando coincidí con mi admirada Susan George en Barcelona durante el curso de verano de la UNIPAU en 2015, conversamos sobre nuestros respectivos trabajos, de modo que entre otras cuestiones le mencioné que estaba terminando este libro. Me miró con asombro y dijo: «Nunca he entendido qué es lo que pasó allí». Cuando al día siguiente me regaló un ejemplar de su última obra, la dedicatoria contenía la frase «Buena suerte con tu trabajo sobre los Balcanes. Te dedicas al tema más complicado de la tierra. ¡El mío es mucho más simple!».

Aquella anécdota me hizo pensar sobre cómo todos saben de los conflictos habidos en la antigua Yugoslavia, pero muy pocos los entienden. Las guerras balcánicas de los 90 tuvieron lugar durante mi adolescencia, de modo que fueron el primer gran conflicto que mi generación siguió en los medios. Había noticias casi a diario y se narraban con una intensidad especial, de modo que pese a nuestra juventud teníamos la impresión de que lo que sucedía allí debía ser trascendental. Cuando terminaron, ninguno éramos capaces de explicar nada con un mínimo de seguridad. Entonces nos parecía un embrollo de varios tipos de yugoslavos que se mataban con saña y sin motivo. Cuando años después me licencié en Geografía e Historia, pese a realizar la especialidad de Historia Contemporánea seguía sin entender nada pues aquel conflicto no estaba incluido en el programa. Entre las muchas lagunas de conocimiento que tenía, esa me parecía particularmente odiosa, porque sentía que era la «guerra de mi generación», como la de la gene-



ración anterior había sido la de Vietnam. Por ello, tratar de comprenderla yo mismo y poder explicarla a otros ha sido el primer motivo para escribir este libro.

El segundo es que hasta su violenta disolución Yugoslavia nos parecía a mis amigos y a mí un país particularmente simpático. Como jóvenes aficionados al deporte, habíamos desarrollado una admiración muy particular por los equipos y jugadores de esa nacionalidad. De hecho, no supimos hasta la guerra que había diferencias entre serbios, croatas, montenegrinos, eslovenos, etc. Había varios futbolistas y jugadores de balonmano en España que destacaban por su talento y técnica, pero sin duda los que nos fascinaban eran los baloncestistas. No solo porque se trataba nuestro deporte preferido, sino por las innumerables proezas que realizaban. Sus clubes Cibona de Zagreb, Jugoplastika de Split y Partizan de Belgrado estaban entre los más pobres de Europa, pero se proclamaban campeones una y otra vez de los torneos internacionales más prestigiosos. A su desventaja económica se unía otra deportiva, pues a diferencia de los españoles, italianos, franceses, etc., no contaban con refuerzos estadounidenses, pero aún así eran casi invencibles. Además, su selección nacional desarrolló una calidad y belleza en el juego inalcanzables para el resto. Lo curioso es que aunque batían repetidamente tanto a los clubes españoles a que éramos tan aficionados como a nuestra selección, compartíamos un enorme respeto y embeleso por la clase y carácter de los Petrović, Đorđević, Kukoč, Divac, Rađa, etc., quienes llegaban a acomplejar a sus rivales pese a que estos eran más veteranos, más ricos y físicamente más fuertes. También nos llamaba mucho la atención el ambiente de amistad que reinaba entre las estrellas de aquella generación, que habían jugado juntos y habían sido campeones de todas las categorías desde pequeños, de modo que más bien parecían una familia. Eran uno de los grandes orgullos del país y la envidia del resto. Para muchos de nosotros, la guerra de Yugoslavia fue también el final de todo

eso. Por nuestra juventud nos impactó enormemente el hecho de que poco a poco aquellos baloncestistas terminaran odiándose, despertándonos la curiosidad como la política y la guerra convirtieron en profunda antipatía lo que era una hermandad aparentemente inquebrantable. En definitiva, nuestra afición al deporte nos había hecho ver a los yugoslavos como gente especial, y que precisamente su país desapareciera entre las matanzas más crueles que habíamos conocido nos dejó a todos una espina clavada.

El tercer motivo es mucho más difícil de explicar pues, a diferencia de los anteriores, carece de lógica sino que es completamente sentimental. Desde mi primer viaje a la región en enero de 2000, aparte de por su historia quedé fascinado por sus gentes, cultura, paisajes, comida, carácter, idioma, ciudades y hasta por el nombre de sus pueblos. Con el tiempo he descubierto que esta curiosa atracción es compartida por muchos en nuestro país. De hecho, me sorprende la cantidad de jóvenes estudiantes que ni habían nacido o eran muy pequeños cuando tuvieron lugar las guerras, pero que muestran una enorme curiosidad por saber más acerca de aquella región y sus conflictos. Sobre la persistencia del interés en el tema, mencionaré una anécdota: cuando en julio de 2015 el programa «Hoy por hoy» de la Cadena Ser dedicó un espacio a la guerra de Bosnia-Herzegovina y me dispuse a escucharlo cuatro días después, me sorprendió que aún fuera con diferencia el *podcast* más visitado de la página de la emisora. Por cierto, ese mismo verano se estrenó la producción española *Un día perfecto*, protagonizada por estrellas como Tim Robbins y Benicio del Toro, cuya acción volvía a llevar a los espectadores a aquel conflicto no olvidado tanto años después. En fin, partiendo de aquella curiosa atracción inicial he ido aprendiendo a amar esa tierra hasta un punto que a veces produce hilaridad a los nativos. El tercer motivo para escribir, por tanto, ha sido esta inexplicable cercanía emocional a los Balcanes.

De cualquier modo, durante los últimos quinientos años la región ha destacado ante los ojos extranjeros por su peculiar variedad étnica y por encontrarse a caballo entre el mundo católico occidental, el eslavo ortodoxo y el musulmán. Así, Occidente cuestiona su europeidad por considerarla acorralada, histórica y geográficamente, entre la temible Rusia y la misteriosa Turquía, enemiga secular de las naciones cristianas. La compleja dicotomía de percibirla como *Turquía en Europa* o *Europa otomana* la han convertido en cuna de celos y en depositaria de las más increíbles fantasías. A ello ha contribuido, sin duda, el hecho de que en contraste con el Próximo y el Medio Oriente, los Balcanes nunca hayan sido colonizados por las potencias occidentales —a excepción de la remota dominación romana y del breve período de ocupación nazi—.

A este respecto, cabe señalar que la percepción de los Balcanes como enclave del orientalismo ha condicionado poderosamente su imagen en Occidente, algo que han destacado autores como Edward Said, Milica Basic-Hayden, Vesna Goldsworthy y Maria Todorova. Aunque indiscutiblemente europea, la región también es irreparablemente *oriental* debido a sus casi cinco siglos de dominación otomana.

Desde que Lord Byron los descubriera literariamente en Inglaterra, los Balcanes han satisfecho la necesidad del europeo occidental convencional de clase alta de identificar un escenario hacia el Este, al margen de cualquier época o fronteras definidas, donde pudieran esperarse aventuras maravillosas. No es casual, pues, que Bram Stoker eligiera los Balcanes como origen de su *Drácula* en 1897. Su protagonista, Harper, se ve inmerso en un mundo de pesadilla, fuera de los dictados de la razón, donde los muertos viven y el pasado sigue presente. Encontramos otro interesante ejemplo en *El prisionero de Zenda*, escrito por Anthony Hope en 1894. Su héroe, Rudolf Rassendyll, vive una experiencia opuesta: la que va de la anodina realidad al mejor de

los sueños. Esta parece ser la esencia de los Balcanes, capaces de producir el aterrado pasmo del pobre inglés de clase media Harper, o de cumplir todos los deseos idealizados del aristócrata Rassendyll. No en vano, otro extendido mito de la aventura y lo exótico, el *Orient Express*, se adentraba precisamente en esos territorios donde cualquier cosa era posible, prometiendo satisfacer la curiosidad y ansias de emoción occidentales en los días de la Inglaterra victoriana. En *Drácula*, Jonathan Harper afirma: «Leo que puede encontrarse en los Cárpatos toda superstición conocida, como si fuese el epicentro de algún tipo de torbellino imaginario». Los Balcanes representaban, pues, el anatema de los principios victorianos, con su leyenda de pasión, sexo y violencia desatada. La analogía de la novela con los recelos occidentales es obvia: Drácula prepara meticulosamente su asalto a Londres —la gran metrópoli occidental del XIX— desde su enorme biblioteca de obras británicas, decidido a corromperla con su pasión tenebrosa. Para restaurar la paz, Drácula no solo debe morir, sino ser completamente destruido por los representantes de la unidad occidental, de «la igualdad» contra «la otredad»: un inglés, un holandés y un estadounidense. ¿Es su misión un subconsciente intento ficticio de llevar a efecto las pretensiones de las potencias occidentales, en los siglos XIX y XX, de imponer su paz en los Balcanes, excluyendo a rusos y turcos?

No debe sorprender, por tanto, que la realidad superase la ficción, que un solo disparo en Sarajevo arrastrase a la Gran Guerra a todas las potencias mundiales en 1914, dejando en anecdóticas las historias del *Orient Express*, las pesadillas de Harper y los sueños de Rassendyll. Desde entonces, referirse a los Balcanes pareció convertirse definitivamente en una *barra libre* donde podían tomarse cuantas libertades se quisiera, sin inhibiciones políticamente correctas. Los Balcanes parecieron consagrarse definitivamente como el blanco preferido de una espiral de tópicos que el tiempo no haría sino aumentar.

Así, en su novela de 1925 *El secreto de Chimneys*, Agatha Christie describe a un campesino balcánico de la imaginaria —una vez más— Herzoslovakia, como «... de anchas y angulosas mejillas, de fanática mirada perdida... un perro asesino humano de una raza de ladrones». Si las palabras de Christie suenan anacrónicas por lo atrevido y ofensivo, existen ejemplos mucho más recientes. En 1985, los protagonistas de la célebre teleserie estadounidense *Dinastía*, el matrimonio Carrington, fueron brutalmente asesinados ante una audiencia sobrecogida. Incluso si los perpetradores hubieran sido enloquecidos veteranos de Vietnam o un joven estudiante desequilibrado, el público podría haberse hecho una composición de lugar sobre lo sucedido. Pero los principales miembros de la familia más rica de Denver y sus amigos habían sido acribillados ¡en un lugar sagrado! —acudían a la boda de su hija, desaparecida durante años, con el príncipe de Moldavia— por unos misteriosos terroristas. Nunca quedó claro si eran comunistas, nacionalistas, o quizá serbios rumano-parlantes. Todo sucedió a unos 100 kilómetros del castillo de Drácula. Sin duda, tan incomprensible e irracional escenario debía darse en los Balcanes, ¿dónde si no<sup>[1]</sup>?

Más tarde, ya a las puertas del siglo XXI, con motivo de un referéndum en Albania sobre la restitución de la monarquía, el *Evening Standard* sugirió que «Quizá convenzan a Lord Archer o Camilla Parker-Bowles para aceptar ese empleo en Albania... y si algún anarquista balcánico barbudo, de mirada asesina y aficionado a lanzar bombas, les lleva a un final prematuro... será un hecho que tendríamos que sobrellevar con entereza». Aún más recientemente, en 2007, encontramos en la taquillera película *Los 4 fantásticos y Silver Surfer* la tenebrosa Latveria, país imaginado pero, claro está, balcánico, donde anida el mal absoluto bajo la égida de su gobernante, nada menos que el Dr. Muerte... Sin duda, un cuadro más que elocuente.

También hallamos en nuestro país llamativas referencias sobre la peculiar imagen exterior de los Balcanes, como en la siguiente cita de la divertida comedia *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, escrita en 1935 por Enrique Jardiel Poncela:

Emiliano: ...es que ha conocido uno una de guerras...  
¿Cuántas guerras habremos conocido nosotros, señor Bremón?

Bremón: Contando esta última grande de 1914, y sin contar la de los Balcanes, quince, y contando la de los Balcanes, noventa y nueve. (Poncela, 1992, p. 52).

Mucho más recientemente, una mañana de otoño de 2014 los tertulianos de la radiofónica Onda Cero criticaban con dureza tanto las políticas como la persona del entonces ministro de Economía griego Yanis Varoufakis. Después de mostrar unánimemente su desagrado por el individuo, se hizo el silencio para dar paso a la publicidad. Entonces uno de ellos afirmó: «¡Y además parece un criminal de guerra serbio!», ocurrencia que todos rieron con ganas, entrando enseguida la cuña publicitaria. Nadie del equipo del programa, ni de la emisora, ni siquiera ningún oyente expresó que la ocurrencia era un comentario de muy mal gusto que rozaba la xenofobia. Y es que hasta intelectuales tan reputados y de mente tan abierta como Slavko Žižek se permiten poner como ejemplo de nación de mentalidad retrógrada, violenta y machista a Serbia basándose solo en una conversación casual que tuvo con dos nativos en la terraza de un bar de Belgrado, como hizo en una conferencia que impartió en septiembre de 2015 en Granada.

Es solo un ejemplo más entre muchos, muy casual y mundano, de la *barra libre* que existe sobre los Balcanes.

Incluso nuestro genial Francisco Ibáñez, en su álbum de Mortadelo y Filemón *La prensa cardiovascular*, de 1995, muestra en la última página cómo los dos agentes detienen al fin al villano, que resulta ser Radovan Karadžić. Lo curio-

so es que no se trata de alguien simplemente malvado, sino que confirma todo el estereotipo balcánico de locura sedienta de sangre, afirmando: «¡... Necesitaba más dinero para comprar más armas! ¡Ja ja! Organizar más guerras!... ¡Discordias, hostilidades, contiendas, conflagraciones!». El argumento es similar al de la película estadounidense de 2007 *The Hunting Party*, donde el virtuoso protagonista, interpretado por Richard Gere, se adentra en una estereotipada Bosnia, llena de conspiraciones y mafias, para perseguir al criminal número uno del país, el desalmado y sanguinario Dragoslav Bogdanović, cuyo parecido físico con Karadžić es absoluto.

¿Por qué los Balcanes dan pie a una caricaturización de estas dimensiones? ¿Por qué sus habitantes son vistos como congénitamente irracionales, miembros de hordas asesinas, cuyo mayor placer es segar los cuellos de sus vecinos? Es irrelevante que los académicos hayan rechazado que el colapso de Yugoslavia se debiera a odios ancestrales, pues tanto medios de comunicación como políticos occidentales continúan sosteniéndolo. Entre ellos se incluyen muchos que han participado en sus crisis, y cuya influencia ha ayudado a perpetuar los mitos (Glenny, 1999). Incluso, en la pasada década de 1990, se popularizó el término *balcanización* para describir el colapso absoluto de un Estado, su destrucción y atomización<sup>[2]</sup>. De este modo, un inocente apelativo geográfico —Balcanes— se ha transformado en uno de los términos peyorativos más extendidos de la historia política moderna.

En verdad, la distorsionada imagen de los Balcanes presente en tantas obras de ficción no es casual, sino consecuencia de las intenciones de las potencias occidentales en aquellas tierras. En su pionero análisis literario *Culture and Imperialism*, Edward Said demostró convincentemente cómo la literatura, la música, el teatro y las tradiciones populares de una cultura, junto a sus disciplinas especializadas (sociología, historia, etnografía, etc.), dan forma a narrativas